

la y Fahr Ed-Daula; les recomendó la union, que había elevado á la familia de Buweih á tan grande altura, y nombró sucesor suyo en sus dominios al mayor Adud, exceptuando la Media, donde debía contentarse con la soberanía feudal, pues dejaba la posesion de Ispahan y de los territorios pertenecientes á esta parte de la Media á Mu'ayid Ed-Daula, y el resto de la Media á Fahr Ed-Daula, como vasallos de su hermano mayor. Pero apenas hubo muerto Ruckn en Rei cuando entre sus hijos estalló la discordia; Mu'ayid, con el beneplácito de Adud, se apoderó de la parte de Fahr, y éste huyó á la corte de Nischapur; pero habiendo muerto Mu'ayid en el año 373 (fines de 983 ó principios de 984), los magnates llamaron á Fahr, el cual desde entonces reinó en la Media, el Tabaristan y el Gorgan todo el tiempo que los tuvo perdidos Kabus, y muerto Fahr, reinaron allí sus descendientes, aunque no sin discordias intestinas. Llamaremos á esta dinastía la línea buweihida de Fahr Ed-Daula.

No habría llegado á existir probablemente esta dinastía á no haber muerto Adud antes de Mu'ayid, porque apenas hubo muerto su padre Ruckn Ed-Daula cuando Adud arrojó á su primo Bahtyar por segunda vez de Bagdad; y habiendo encontrado éste el apoyo del príncipe de Mosul, el hamedanida Abu Táglib, y habiendo sido derrotado y hecho prisionero cerca de Tecrit, Adud le hizo matar. Con Bahtyar quedó destronada la familia de Mo'is Ed-Daula, porque una tentativa que hicieron los hijos de Bahtyar en el año 383 (993) para apoderarse del Farsistan fracasó, y el último de los descendientes de Mo'is que mencionan los autores, despues de una vida llena de vicisitudes, tuvo un fin desastroso en Kirman, en el año 391 (1001). Los orientales consideran á Adud Ed-Daula el mas notable de la familia de Buweih; era indudablemente hombre de gran energía, y el único buweihida que reunió bajo su cetro todos los territorios del imperio creado por los tres hermanos primeros, porque Mu'ayid era vasallo suyo. Además conquistó á Mosul, y obligó á los curdos, entre Mosul y Hamadan, que desde bastante tiempo no tenían respeto á nadie, á respetar su autoridad. Tan grande fué su poder, que Sa'ad Ed-Daula, el emir de Alepo y de la Siria septentrional, se reconoció voluntariamente súbdito suyo, si bien esto no pasaba de ser una mera ceremonia sin importancia práctica; los karmatas de Arabia solicitaron su amistad, y los bizantinos, que en tiempo de Mo'is Ed-Daula habían penetrado repetidas veces en la Mesopotamia, no pudieron apartar su atencion de los fatimitas, que entonces avanzaban por la Siria, mientras Adud pudo conservar con estos últimos relaciones corteses sin fiarse mucho de ellos. De todos modos, nada tenía que temer Adud por el lado del Oeste, y en el interior nadie se atrevía á oponerse á su autoridad. El reinado de Adud señala por lo mismo el apogeo del poder de los buweihidas, y para ser justos hay que añadir que este príncipe fué tambien el primero de su raza que hizo siquiera algo para cicatrizar las profundas heridas que las guerras intestinas habían causado en el transcurso de un siglo al Irak. Restauró las mezquitas y otros edificios públicos de Bagdad, donde fundó además hospicios; hizo limpiar los canales y fuentes cegados de las inmediaciones; distribuyó socorros á los pobres, y concedió pensiones á poetas, eruditos, médicos, agrimensores, etc., á fin de fomentar la instruccion y el bien general. No hay que decir que siendo adepto de la religion siita protegió mucho los lugares santos de Nedschef y Kerbelá, donde hizo reconstruir las mezquitas funerarias destruidas por Mutawakkil. Poco duró esta inesperada dicha de los pueblos favorecidos, porque en 372 (983) un ataque epiléptico acabó con la vida del emir. Para mayor desgracia, Adud había dividido su imperio entre sus tres hijos Samsam Ed-Daula. Beha Ed-

Daula y Scheref Ed-Daula, los cuales en seguida se hicieron feroz guerra, hasta que en 380 (990) quedó vencedor y único sobreviviente Beha. Este á su vez, en 403 (1012), dividió el imperio entre sus cuatro hijos, cuyos descendientes continuaron la subdivision y las hostilidades mútuas, mientras al propio tiempo se aumentaban la desobediencia y rebeldía de los jefes turcos y deilemitas. Así fué que la línea buweihida de Beha Ed-Daula no tardó en perder la Mesopotamia y el Irak meridional, cuyos habitantes, en su mayoría beduinos, curdos y árabes, no podían simpatizar con aquellos emires ni con su gobierno.

Despues de muchas luchas entre jefes de diferentes tribus beduinas que se disputaron aquella region infortunada, quedó Diyar Bekr en manos de los merwanidas curdos, Mosul en las de los okeilidas árabes; mas adelante los numeir árabes se apoderaron de Edesa; los masyadas árabes se establecieron junto al Eufrates y los dubeis, tambien árabes, en el Irak meridional. En el siglo v (el xi de nuestra era) pertenecía Alepo, conforme ya dijimos en la parte primera de esta obra, á los mirdasidas árabes. Estos emires con sus tribus se hacían constantemente la guerra los unos á los otros, ó mejor dicho, no hacían mas que expediciones de pillaje cada uno á los territorios de los demás, como hacían los señores en Italia y Alemania en la época de la mayor anarquía feudal, sin que ni estos señores ni aquellos emires jefes de tribu se cuidaran lo mas mínimo de la suerte del país ni de la de sus habitantes pacíficos.

Si en el primer siglo que siguió á la ruina de la dominación árabe, los persas demostraron su completa ineptitud para formar un Estado unido y nacional, hay que hacerles la justicia de que en aquel mismo período de su historia desarrollaron su nacionalidad de una manera brillante en el terreno intelectual y de las letras. Denota ya la viva inteligencia, la independencia y energía del genio persa, el hecho de que Abbas, habitante de Merw, compusiera en su idioma patrio una poesía en honor de El-Mamun cuando éste se encontró en aquella ciudad. Esta poesía es la mas antigua en lengua persa que se ha conservado. Los tahiritas y safaridas tuvieron tambien en su corte poetas persas que cantaron sus proezas en el idioma nacional, y en los reinados de los buweihidas y samanidas se manifestaron el genio y el alma del pueblo persa con imponente pujanza. Verdad es que los rudos buweihidas, por lo menos los primeros, ningun caso hicieron ni de la poesía ni de las ciencias; pero eran siitas y como tales admitieron solicitudes en sus cortes á los representantes y doctores del siismo, así como á los del motasilismo, que concordaban con aquellos en muchos puntos doctrinales y sobre todo en el odio á la religion sunnita ortodoxa é intolerante. Ya hemos hablado de la noble tolerancia que en materia de religion practicaban los príncipes samanidas, á cuya sombra benéfica prosperaron las letras y las ciencias y produjo la poesía persa sus primeras obras maestras, tan seductoras por su elevacion intelectual, sus imágenes, sus interesantes y agudos contrastes y sus expresiones finas y acertadas. En el reinado de Nasr II vivió Rudagi, el primer vate de gran estro, cuyas poesías líricas y didácticas han sido sobrepujadas por muy contados poetas posteriores. Este Rudagi trasladó al idioma del pueblo persa los cuentos indios de Kalila y Dimna, que habían sido ya traducidos anteriormente al dialecto persa medio. Contemporáneo de Rudagi fué Dakiki, que brilló en el reinado de Nuh III, y es autor del gran poema épico nacional persa, hecho con arreglo á una narracion muy antigua traducida en tiempo de Safar al persa corriente. Dakiki murió asesinado por un esclavo suyo turco cuando hubo escrito mil versos de su poema, el cual fué terminado por un vate mas grande todavía. No

descuidaron los samanidas el cultivo de las ciencias. Como dice Avicena en su autobiografía, la biblioteca particular del emir Nuh III, cuando él obtuvo permiso para utilizarla, constaba de toda una hilera de salas llenas de libros de todos los ramos científicos y cuidadosamente clasificados, con su catálogo, que comprendía toda una seccion destinada á la filosofía y á las ciencias naturales griegas. Que esta biblioteca no era una creacion nueva, se desprende de multitud de datos, porque al Mansur Ibn Isyak, á quien ya hemos mencionado como gobernador de Rei, dedicó Rasi, el médico mas famoso del Oriente en la Edad media, un manual de medicina escrito en lengua arábica, y el emir Mansur I encargó á Muwafak Ibn Ali, natural de Herat, la composicion en lengua persa de una farmacología. Esta obra es el libro científico en lengua persa mas antiguo que hoy existe. Este afán de trasladar al idioma nacional los frutos de los trabajos científicos de otras naciones dió lugar á la traduccion, ó mejor dicho, al arreglo de la gran crónica árabe de Tabari, que hizo Bel'ami, visir de El-Mansur I, el cual, además, en union de un gran número de sabios teólogos, tradujo al persa el gran comentario del Corán del mismo Tabari, que escribió en Bagdad. El solo hecho de que estas dos obras del erudito árabe, que juntas forman unos sesenta tomos, se hayan popularizado en Bokhara á pesar de la gran distancia que media entre Bagdad y aquella ciudad, y esto en el tiempo de medio siglo y hasta el grado de ser traducidas al idioma nacional, es ya una prueba del gran movimiento intelectual y de espíritu científico que á la sazón reinaba en la Transoxania, y explica el hecho de haber llegado á ser este puesto avanzado del islamismo una de las columnas mas firmes de esta religion.

Desgraciadamente, el fruto de tal movimiento intelectual maduró cuando el pueblo persa, que apenas empezaba á desenvolverse tan brillantemente su genio propio, estaba abocado á un nuevo período adverso.

CAPITULO IV

EL SULTAN MAHMUD DE GAZNA

Muchísimo tiempo hace que la humanidad espera, hasta ahora con poca fortuna, la venida del reinado de todo lo noble; pero mucho mas tiempo hace que va en pos de la bola de jabon de la gloria, y la busca principalmente en la boca de los cañones. En todas partes la carne domina al espíritu, y es del todo inútil rebelarse contra este hecho. Verdad es que cuantos quisieran ser enteramente idealistas (y ¿quién podrá jactarse de serlo?) deben considerar como un consuelo que las obras del espíritu son las mas duraderas del mundo. Admiramos llenos de respeto á Esparta, y por cierto no debemos olvidar sus trescientos héroes, pero al oír el nombre de Atenas corre nuestra sangre mas veloz, y así pienso que será siempre, aunque dentro de poco, según todas las apariencias, no se enseñe ya el griego en los institutos alemanes de segunda enseñanza; y tal vez no esté lejos el dia en que el lustre de una gran ciudad hidrocefálica palidezca ante la tranquila luz que despiden un par de pequeñas poblaciones de la Turingia. Esto, sin embargo, no hace desaparecer la discordancia mencionada; y en vista de la manera de ser del mundo, tal como lo han arreglado los hombres, sin que esto quiera decir que yo encuentre el arreglo cómodo, no puede negarse, aunque se quiera, el hecho confirmado por la experiencia, de que todo aumento de vida intelectual es incompatible generalmente hablando con una actividad enérgica en el campo político. Cuando mas se interesaban los atenienses por Sófocles y Aristófanes

solo cometieron en política estupideces, y cuando estuvo fundado y consolidado el nuevo imperio alemán, sus ciudadanos únicamente encontraron placer verdadero é ingenuo en los escritos de la señora Guillermina Buchholz (1). Esta no es una reconvenccion (por lo menos no lo es para los atenienses); las circunstancias no pueden cambiar de pronto y quizás no cambien nunca. La historia, sin embargo, no puede emplear una ironía mas injusta que la que emplea cuando despues de haber gastado en el servicio de fines ideales una dinastía de príncipes de talento y de mérito, presenta en la escena por efecto de un golpe de fortuna un alférez Pistol que con su espada abre la concha de su Estado y hace pasar por su insaciable tragadero, con la ostra de los bienes materiales, la perla de su riqueza intelectual. Un hombre de esta clase fué el que quitó á los samanidas su imperio y con él su perla, el poeta mas grande del Oriente, Firdusi. Tal fué el que pasa á los ojos del mundo, ó por lo menos á los de la mayor parte de los hombres, por haber sido el dueño legítimo del imperio, el hijo del turco Sebuctegin, el sultan Mahmud de Gazna.

Mahmud ocupa uno de los primeros puestos entre los grandes capitanes del mundo; valiente, arrojado é incansable, político diestro y astuto, nunca renunciaba á sus planes de conquista hasta lograr su realizacion en el momento mas oportuno, ya fuese por medio de negociaciones, ya por la fuerza de las armas, que tenia siempre prontas para arrojarse rápidamente sobre su víctima. Alcanzó sus victorias mas brillantes sobre los príncipes y pueblos no mahometanos, con los cuales no tuvo consideracion alguna, y en todas sus empresas le protegió constantemente la fortuna.

Mahmud cierra el período histórico que todavía nos ocupa y abre el siguiente. La invasion del Asia occidental por los árabes del Sudoeste decidió de la suerte de los países en aquella parte del Asia por tres siglos, y la aparicion de Mahmud determinó una invasion contraria, la de la raza turca, á la cual siguió despues la mogola. A la aparicion de Mahmud debe tambien el pueblo poco numeroso pero robusto de los afganes la intervencion que tuvo en las provincias orientales del islamismo y en la India, donde conquistó para el Islam territorios dilatados, influyendo así poderosamente en la historia de todo el país.

La raza turca, si bien no en masa, figuraba ya hacia tiempo en la historia del mundo mahometano, principalmente por las tropas mercenarias que daba á los califas y que contribuyeron tanto á la decadencia de su imperio. Individuos sueltos, jefes de bandas, habían llegado á gobernar provincias y á hacerse soberanos independientes, como en Egipto; pero en la invasion que se preparaba se derramaron fuera de sus territorios en el Nordeste del Asia tribus y hasta pueblos enteros, contra los cuales fueron insuficientes las fuerzas de los persas y árabes.

Dejamos á Sebuctegin, padre de Mahmud, dueño de Gazna y de las comarcas vecinas desde 366 (977), de donde viene á la dinastía fundada por él el nombre de gaznavida. Desde aquel centro había sometido ya hácia el Sudoeste el país vecino hasta mas allá de Bost y extendido sus expediciones á la cabeza de sus turcos, reforzados probablemente con individuos de las tribus guerreras de Gor, de los puschtus y de las comarcas vecinas del Sedyestan, hasta Lamgan (2), en el Nordeste. Hizo estas conquistas en nombre de su soberano, puramente nominal, Nuh III, por el cual rogaban los fieles en las mezquitas y cuyo nombre figuraba como soberano en

(1) Esto, naturalmente, no tiene la intencion de rebajar el mérito relativo de estos divertidos escritos.

(2) El valle en que está la ciudad actual de Dschelalabad.

las monedas de Sebuctegin, que había acudido á su auxilio, quedándose luego á su lado como ministro y mayordomo de palacio, ó sea como *emir el-omar*, como decían los orientales.

Nuh III era, como samanida, soberano instruido y amigo de las artes y de las letras; pero descuidaba el gobierno de sus Estados, de modo que los emires, siempre inclinados á desconocer la autoridad de su soberano, intrigaban y tramaban continuamente proyectos ambiciosos de independencia, que si no se realizaban era únicamente porque los jefes de segunda fila, los de distrito ó de ciudades, no se avenían á ello, conviniéndoles mas ó continuar fieles al soberano de Bokhara ó estar en buenas relaciones con los enemigos de éste, los buweihidas de la Media, ó con los emires casi independientes del Gorgan, Sedyestan ó de Khiva, cuando no les convenía arrojarse con sus partidarios, aprovechando una ocasión favorable, sobre algun colega descuidado y desposeerle de su provincia. Las tropas se habían vuelto difíciles de contentar y de tratar, sobre todo los soldados turcos deilemitas; pero también los del Corasan se mostraban ya veleidosos, á cuya disposición se agregaba á veces la falta de pagas como motivo imperioso de descontento. Mas díscolas é insolentes que la tropa regular eran las hordas nómadas árabes y turcas, que abundaban en todas las provincias y muy particularmente en la Transoxania y en las comarcas del Turquestan actual. La tribu mas temible era entonces la turca de los gusos, que habitaban las llanuras de Bokhara y de Samarcanda y empezaban á tomar una actitud poco tranquilizadora. Complicaba desde algun tiempo antes esta situación enredada la existencia por el lado del Norte, mas allá de Kaschgar, de un poderoso imperio turco bien organizado conforme á la época y que se extendía hasta el lago Aral. Los soberanos de este imperio llevaban el título de khanes, y si hasta entonces habían vivido en paz con los soberanos de Bokhara, empezaban también á dirigir miradas codiciosas al otro lado del Yaxartes.

Dos emires ambiciosos y levantiscos dieron el impulso que puso en movimiento á todos estos elementos peligrosos. Eran Abu Alí, de la familia Simdchur, que desde el principio de la dinastía de Saman había figurado en el país en primer término, y Faik. El primero era gobernador del Corasan y residía como tal en el año 383 (993) en Nischapur, y el segundo gobernaba en Herat, que en rigor dependía del gobierno del Corasan. El excesivo poder de uno y otro de estos dos vasallos excitó el recelo de Nuh, el cual para evitar toda unión peligrosa, sembró entre ellos hábilmente la discordia; pero solo logró que los dos concibieran temores por sí propios y entraran cada uno por su parte en negociaciones con Bogra, el soberano ó khan del Turquestan. Este les prestó atento oído y aprovechó la ocasión para llevar á ejecución su proyecto sobre Bokhara, de cuya capital expulsó á Nuh después de haber derrotado al ejército que éste había enviado contra él. Pero cuando Bogra creyó ser ya dueño de la Transoxania cayó gravemente enfermo y emprendió la retirada, en la cual le acometieron los nómadas gusos, de cuyas manos escapó como por milagro para morir poco después. Nuh volvió á entrar en su capital, donde el pueblo le recibió con júbilo; el traidor Abu Alí fingió arrepentimiento, y una tentativa de Faik para apoderarse de la capital por un golpe de mano, no tuvo éxito. Pasado el primer peligro, entendieron los dos traidores y unieron sus fuerzas contra su soberano. Entonces éste, no sabiendo cómo salvarse, se arrojó en un peligro mayor llamando á su auxilio al emir de Gazna, el turco Sebuctegin, el cual inmediatamente y con toda la rapidez que le permitían sus empresas propias, acudió con un ejército de 20,000 hombres al sitio del peligro. En Kesch, en

Transoxania, efectuó su reunion en el año 384 (994) con su soberano, á quien había suplido por un mensajero enviado delante, que en atención á su vejez le dispensara de la ceremonia de apearse del caballo y rendirle el homenaje acostumbrado cuando llegara á su presencia. Nuh no se atrevió á negarle tan significativa petición, pero el astuto emir, al llegar cerca de él, se apeó, «como dominado por la majestad real» dice el cronista, y le hizo el acostumbrado homenaje. Luego ocupó el puesto de ministro mayordomo y derrotó cerca de Herat con el auxilio de su hijo, el jóven y valiente Mahmud, á los rebeldes. Por último ocupó Nischapur, la capital del Corasan, y ganó sobre los insurgentes una victoria decisiva cerca de Tus, cuando habían atacado ya con favorable éxito á Mahmud, que accidentalmente se hallaba con su fuerza separado de su padre. El gobernador rebelde y fugitivo del Corasan fué atraído con astucia á Bokhara, donde fué puesto en prision. Cuando supo esto Faik, huyó y se refugió cerca del khan Ilek, sucesor de Bogra, el cual organizó una nueva invasión en la Transoxania. Entonces Sebuctegin fingió tener motivos para estar descontento de Nuh é hizo la paz con sus enemigos, concediendo á Faik, la causa de todo, el gobierno de Samarcanda. Se ve en esta negociación bastante claramente la intencion del poderoso vasallo de entenderse directamente, pasando por encima de los samanidas, con el poderoso khan turco. Por lo pronto, la ejecución de este convenio sufrió una demora, porque en el año 387 (997) murieron uno tras otro con cortos intervalos Sebuctegin, Nuh y el buweihida de Rei, Fahr Ed-Daula, que se había mezclado mas de una vez en las contiendas de los gobernadores de los samanidas, pero que había adoptado luego una actitud prudente al ver entrar en escena al emir de Gazna y á su hijo. Entonces ocuparon el puesto de los hombres maduros dos jóvenes, el uno impetuoso, que era Mahmud, y el otro imprevisor, que era Mansur II, el samanida.

Por lo pronto dieron mucho que hacer á Mahmud sucesos que ocurrieron lejos del Oxo. Sebuctegin había nombrado sucesor suyo, no se sabe por qué razon, no al heróico Mahmud, sino á otro hijo mas débil, llamado Ismael. Mahmud no disputó á su hermano el trono, pero quiso conservar el mando del ejército, á lo cual se opuso Ismael. Entonces marchó Mahmud á Gazna y sitió á Ismael, que había derrochado demasiado pronto los tesoros de su padre entre las personas que le rodeaban, y que cuando necesitó apoyo no lo encontró. Tuvo, pues, que entregarse con la ciudad á su hermano, el cual tomó en sus manos robustas el gobierno, pero dejó al vencido Ismael los honores de príncipe. Cuando posteriormente Ismael trató de dar muerte á su hermano, éste no le hizo daño alguno, conducta que atendida la época es otro timbre de honor para Mahmud, que siendo ya sultan de Gazna llenó al poco tiempo el mundo mahometano con su fama.

De todas las cualidades eminentes que distinguieron á este príncipe, me parece la mas sorprendente su actividad incansable. Acabando de regresar de una guerra en lejanas comarcas de la India, corre al Norte ó al Oeste, ora para sofocar una sublevación, ora para rechazar á las hordas turcas que han invadido el país, ora para ensanchar sus dominios á expensas de los buweihidas, ya por el lado del Norte, ya por el Oeste, y apenas ha conseguido allí su propósito cuando ya le encontramos otra vez en la India, de la cual conquistó dilatadísimos territorios para el Islam tan sólidamente que esta religion jamás ha sido expulsada ni transitoriamente de ninguna parte de todo el Noroeste de la India. Hasta la aparición de Mahmud, los príncipes del Pendyab pudieron extender á veces su poder hasta los países de Cabul y de Gor,

aprovechando la desunion de los pueblos montañeses de estas regiones agrestes; pero Mahmud conquistó además de estos pueblos guerreros, á quienes supo dominar hasta incorporar sus individuos á sus ejércitos, toda la cuenca del Indo, cuyos habitantes, debilitados por los efectos de una civilización antiquísima, no pudieron resistir al formidable empuje de aquellos esforzados y terribles montañeses. No hay que decir que Mahmud, para llevar á cabo tantas y tan diversas empresas, debía tener necesariamente generales excelentes, y, en efecto, los tuvo siempre, gracias á las cualidades guerreras eminentes é innatas en la raza turca, á la cual él mismo pertenecía. Su hermano Nasr, los Altuntasch y sobre todo Arslan Schasib, eran generales en los cuales podía confiar como en sí mismo, bien que la parte del león, tanto en las fatigas como en las glorias, siempre le tocó á Mahmud, sobre todo en la India, cuya conquista para el Islam fué su constante y mas ardiente deseo, porque por primera vez desde siglos se agregó en él, y en general á los turcos, á la pasión de conquista y á la sed de botín, que son propias de todos los pueblos no civilizados y de no pocos civilizados, un fanatismo religioso terrible y hasta irresistible. Es un hecho, que por lo demás explica fácilmente la índole de la raza turca, que cuantas tribus de la misma raza han tenido contacto con la religion mahometana la han aceptado sin dificultad. La sencillez de la idea de Dios que esta religion enseña y el poco esfuerzo mental y de voluntad que exige su moral, no pueden ser mas adecuados de lo que son á un pueblo de inteligencia mediana y de índole guerrera, y la atracción que ejerció en su tiempo esta religion sobre los árabes con la esperanza de conquistas y de hacer botín, había de ser todavía mas fuerte sobre los turcos. Estos tuvieron además el mérito de que adoptaron el islamismo por convicción y no á la fuerza, ni por codicia ó interés, como otros pueblos. La honradez, que todavía hoy es la virtud mas resplandeciente del verdadero turco (1), sirvió también de base y fundamento á su fanatismo islamita. Ya hemos hecho notar, por lo demás, que los turcos, desde el principio sin excepcion, se hicieron naturalmente sunnitas y continuaron siempre adictos á esta doctrina.

Los límites en que ha de encerrarse un cuadro general me impiden exponer detalladamente la actividad que el sultan Mahmud desplegó simultáneamente en el Este, Norte y Oeste. Me contento, en gracia de la claridad del conjunto, con una ojeada á cada uno de estos teatros de su acción, aunque así pierda algo la impresion que merece producir la actividad múltiple é inagotable de este poderoso monarca. Cuando en 387 (997), á la edad de 27 años, subió al trono, estaba en primer término abocada la situación en el imperio de los samanidas á una rápida solución. Mansur II, jóven y sin experiencia, no tenía idea alguna de la escasez de sus fuerzas. En lugar de decidirse, como exigían imperiosamente las circunstancias y las fuerzas de que podia disponer, entre el khan del Turquestan y el emir de Gazna, ó de ganar siquiera tiempo hasta encontrar apoyos nuevos y sólidos entre las personas que le rodeaban, si es que hubiese tenido talento para ello; en vez de esto, y contando quizá ligeramente con las discordias entre Ismael y Mahmud, nombró en lugar de este último para el gobierno del Corasan y el mando del ejército turco á otro turco llamado Begtusun, que con estos cargos llegó á ser primer vasallo del imperio. Entretanto Faik había salido de Samarcanda para ir á Bokhara á instigación del khan Ilek, con el pretexto de presentar sus homenajes al

(1) Se entiende de la clase del pueblo en Turquía y en el Asia Menor, porque las clases elevadas están moralmente perdidas por la mezcla de sangre y el contacto con la corrupción de la civilización del Occidente.

nuevo soberano, Mansur II, pero en realidad para apoderarse de su persona. Cuando Mansur tuvo noticia de este plan huyó de la capital, mas Faik, fingiéndose entonces súbdito fiel, consiguió que regresara. Pero después Mahmud, disgustado de Mansur, que se había negado rotundamente á modificar sus disposiciones, marchó contra el Corasan y lo ocupó. Begtusun evacuó á toda prisa á Nischapur para unirse á Mansur, que con Faik acudía desde Bokhara con un ejército insignificante. La unión se verificó en Sarahs, pero no queriendo Mansur dejarse guiar por los dos gobernadores, apoderáronse éstos de su persona, le hicieron cegar y le reemplazaron en 389 (999) con su hermano Abdelmelik II, que por sus pocos años fué simplemente el juguete de los que le habían sentado en el trono.

Mahmud había observado entretanto una actitud expectante, porque no quiso aparecer rebelde mientras otros trabajaban por él. Entró con Faik y Begtusun en negociaciones pacíficas; pero cuando las tropas de éstos atacaron su retaguardia, cambió de conducta, y atacó á su vez, derrotando y dispersando completamente el ejército de sus contrarios cerca de Merw; Faik huyó con Abdelmelik á Bokhara, y Begtusun á Nischapur. Mahmud, teniendo fija su atención en su proyecto de la India, no quiso meterse en el avispero al otro lado del Oxo, y mientras preparaba en Balh una nueva expedición al Sudeste, dejó el trabajo de poner orden en el Corasan á su fiel general Arslan. Este cumplió su misión en el curso del mismo año, obligando después de algunas acciones á Begtusun á huir á Bokhara y á los otros emires de la orilla izquierda del río á cesar en su resistencia y renunciar á ella.

El khan Ilek se había movido entretanto, á fin de recoger para sí el fruto de la victoria de Mahmud. Dando toda clase de seguridades de sus intenciones pacíficas marchó sobre Bokhara, donde entretanto había muerto Faik. Begtusun se dejó engañar, porque es cosa frecuente que un traidor se deje engañar por otro. En una entrevista amistosa que tuvo con Ilek, éste se apoderó de su persona y de un gran número de jefes. Abdelmelik huyó, pero al poco tiempo cayó también en poder del khan, que le envió con los demás samanidas al Turquestan, y desde entonces no se supo nada mas de ellos, excepto de uno llamado Ismael con el sobrenombre de El-Muntasir, tercer hermano de Mansur y de Abdelmelik.

Ismael logró evadirse, y mientras Ilek hizo, á fines del año 389 (999) (2), su entrada de vencedor en Bokhara, él y Mahmud encontraron un adversario incansable en la persona del último samanida, que tuvo casi seis años en continúa agitación el Corasan y la Transoxania. A la cabeza de los partidarios fieles de su familia, de gusos turcos y soldados enganchados en todas partes, Ismael derrotó mas de una vez al mismo khan en persona y á Nasr, hermano de Mahmud, que residía en Nischapur como gobernador del Corasan. Es nada menos que otra Odisea la vida de este príncipe tan emprendedor como impertérrito y perseverante, á quien ningún desastre ni revés de fortuna pudieron hacer desistir de su empresa, que le llevó desde Khwarism (Khiva) sucesivamente á Bokhara, Abiwerd, Nischapur, Gorgan, Rei, otra vez á Nischapur y Gorgan, de allí á Sarahs, y derrotado allí por Nasr y dispersado su ejército, se acogió al amparo de los gusos en la Transoxania, se dirigió á Samarcanda, luego al otro lado del Oxo, á Merw y Nesa, y á Isfarain, pasó de nuevo á visitar á los gusos, luego repasó el río y marchó á Balh, al Kohistan, y finalmente se dirigió á Bokhara, la capital de sus antepasados, donde antes de llegar le alcanzó

(2) Entre octubre y diciembre de 999. Los autores divergen sobre este punto.